

trario, creía con fe firme que el hombre, a pesar de los obstáculos, puede ser el artífice de su propia vida.

Además del «Don Juan», Byron escribió numerosas obras en verso, entre las que se cuenta «Childe Harold», por la que se hizo famoso, «El Corsario». «Sardanápalo», «Lara» y numerosas poesías líricas de gran belleza. Todas estas obras están escritas con un tono de seriedad sostenida que difiere del característico modo burlesco del «Don Juan», donde el Byron humorístico, escritor de cartas divertidas, realiza todas sus facultades de escritor.

Byron, con Shelley y Keats, constituye la trilogía destacada y triunfante del romanticismo de Inglaterra.

*Percy Bysshe Shelley* (1792-1822), no menos original que Byron en su obra y en su vida, ha sido llamado por el clásico Mathew Arnold «ángel bello e inútil», frase que admitimos en su limitación porque resume dos actitudes del poeta frente al arte y la vida. Creador de belleza artística fracasó, fué inútil, en la vida común con sus semejantes. Dejó tras sí, irresponsable, una larga serie de desastres, convencido de sus esfuerzos por la regeneración de la humanidad. Todavía hoy muchos ingleses ven con horror a esta figura angelical y perversa. Prueba, sin embargo, de la buena fe de Shelley son las palabras dichas al filósofo Godwin, con cuya hija casó: «No publicaré nada que no conduzca a la virtud.» En sus poesías y poemas largos de gran musicalidad, el pensamiento se expresa con un encanto y una belleza que habría que ir a buscar a los poetas renacentistas. Escribió una memorable «Defensa de la poesía», «Adonais», a la muerte de su que-

ruido amigo Keats, poema perfecto en todos los sentidos, «Prometeo encadenado», «Elastor o el espíritu de la soledad» y «Epipsychidion», canto al amor platónico. Como ya hemos dicho, Shelley, a diferencia de Byron, es un espíritu optimista que tiene gran fe en la humanidad. Predice épocas mejores y cree firmemente que ideales superiores pueden llegar a realizarse en un progreso indefinido. Es muy simbólico que el último poema, en el que trabajó antes de morir, llevase por título «El triunfo de la vida».

Tanto Byron como Shelley están unidos, sin embargo, por una común adversión contra una sociedad de tipo tradicional, que es la que corresponde a la reacción contra la Revolución francesa. Y puede decirse que inadaptados a ella se refugian en Italia, huyendo del ambiente británico. También se une a ellos el poeta *John Keats* (1795-1821), que, asimismo, por motivos de tipo personal y literario rechaza vivir en Inglaterra. Es sumamente curioso para quien guste de pararse a meditar sobre estas tres vidas de poetas que fueron grandes amigos, comprobar cómo estos tres murieron fuera de su patria, desengañados de ella y a la vez con su maldición. Todos murieron en plena juventud y con escasa diferencia de tiempo. Keats murió en 1821; Shelley, en 1822, y Byron, en 1824. Lo que nos asombra y llena de admiración, tanto en Shelley como en Keats, es que al morir a la edad de veintiocho y veintiséis años, respectivamente, habían realizado una obra que les consagra como poetas excepcionales en la literatura universal. ¡Qué entusiasmo, qué fuego y qué perfección técnica! ¡Qué riqueza de pensamiento! Keats precisamente es el poe-